

LA CRUZ, ESENCIA DE LA VIDA RELIGIOSA¹⁴

La Iglesia, después de veinte siglos, al acceder a su mayoría de edad nos abre nuevos horizontes sobre su vida y sobre su destino. Su resuelta aceptación de las realidades temporales, su intención bien determinada de establecer un intercambio amistoso con todos los hombres cualesquiera que sean y, por fin, la promoción del laicado que marcha a la par con esta importante evolución, obligan a repensar el sacerdocio y la vida religiosa, cargados en otros tiempos –es preciso confesarlo– con tantas pretensiones frente a los laicos, tanto alejamiento de los “heterodoxos” y tanto desprecio por las cosas de aquí abajo. Los viejos esquemas estallan ante la aparición de un Tercer Estado que se ve comprometido con cada uno en los asuntos del mundo Y que, por primera vez, sin duda, desde, los tiempos apostólicos, ha podido figurar en un concilio ecuménico al lado del clero y de lo que llamaría ¡la Nobleza de la toga!

¿Dónde se encontrará la luz? ¿Dónde encontrar el principio indispensable para el reajuste de las grandes corporaciones cristianas en la sociedad de hoy? Supongo que me responderéis: en el tesoro de los documentos conciliares. Claro está. Pero sería candidez pensar que el concilio sacó o aun entrevió inmediatamente todas las consecuencias de las verdades de que tomó conciencia y que se ha esforzado por proclamar en términos adecuados. Por mi parte yo pensaría de buen grado que los Padres precisaron mejor la función de los laicos que la misión de los religiosos. Era lo normal. Ya que en el primer caso ellos innovaban casi por completo, con el espíritu libre Y el corazón abierto. Mientras que en el segundo caso, el de los religiosos, se sentían además, juntamente con sus consejeros, entorpecidos con todas las opiniones y con todas las fórmulas –a menudo mal decantadas– de la vida religiosa, acumuladas en el curso de los siglos y repetidas hasta la saciedad desde hace algunos años.

Por lo tanto, nosotros mismos debemos buscar en la revelación, más allá de las ideas corrientes sobre las diferentes vocaciones y de las expresiones habituales del lenguaje religioso, el principio esencial, el principio auténtico al que todo deberá referirse en la Iglesia de Cristo y en función del cual se dará a cada uno su lugar: a los laicos la gestión de las cosas temporales (*Lumen Gentium* 31), a los religiosos la locura de la Cruz (*I Co* 1,17-25) y al clero la dispensación de los misterios (*I Co* 4,1). Esto es lo que haremos, en la medida de nuestras fuerzas, al consagrar la presente exposición a la esencia de la vida religiosa.

De hecho, me propongo responder a cuatro preguntas:

1. ¿Qué es lo más original en la revelación cristiana? Respondemos: Incontestablemente el misterio de la Cruz.
2. ¿Cómo puede ese misterio de la Cruz diferenciar a los religiosos de los laicos? Respondemos: Según si se elige de entrada o no el absoluto de la Cruz.
3. ¿Cómo pueden los jóvenes ser atraídos por un tan alto ideal? Respondemos: Por la oscura atracción que sienten por la Cruz.

¹⁴ Esta conferencia fue dada en Roma en *Forma Gregis* el 10 de junio de 1966, pero no ha sido publicada sino solo grabada en cintas magnetofónicas debido a la solicitud de la *Association Didakhé*, con el título de “*El destino de la vida religiosa en la hora del laicado*”. Reproducimos esa grabación, con toda la espontaneidad del lenguaje oral para entablar el diálogo con las Hermanas que participarán en la sesión de mayo sobre el tema “Religiosos, ¿quiénes somos nosotros?”. Tradujo: Hna. Ma. Josefina Acevedo Sojo, osb. Abadía de Santa Escolástica.

4. ¿Qué pretende decirse al llamar a los religiosos los testigos del Reino? Sencillamente que ellos deben ser ante los ojos de sus hermanos el signo de la Cruz.

I. EL MISTERIO DE LA CRUZ

La cuestión que se plantea es esta: ¿Qué es lo más original en la revelación cristiana? ¿Es quizá el misterio de la Trinidad, ese Misterio de plenitud y de comunidad perfecta en el seno del Ser? Sin duda, en la contemplación de este misterio encontramos la imagen eterna y viviente de todo lo que quisiéramos vivir también entre nosotros en el paraíso recuperado bajo la mirada y en la intimidad de Dios. El misterio de la Trinidad es, evidentemente, fundamental en el cristianismo. Pero, ¿por qué soñar con él si no tenemos el medio para realizar el ideal que entrevemos? Dios es Dios, el hombre es el hombre. ¿Para qué esos millares y millares de burbujas de jabón –si así puedo expresarme– sobre la superficie de la tierra, que en vano sueñan con llegar a ser un enorme sol, si el abismo desde lo humano hasta lo divino es infranqueable? El misterio de la Trinidad es fundamental; sin embargo, no basta por sí solo para explicitarlo todo para nosotros.

¿Será entonces el misterio de nuestra adopción filial? ¿Dios que se inclina sobre el hombre para inyectar en las profundidades de nuestra alma la sangre de la vida eterna? Tenemos aquí, por fin, algo real a nuestro entender y un comienzo de realización para nuestras aspiraciones. ¡Somos hijos de Dios! Nuestra fe es no sólo el misterio de la Trinidad sino también el misterio de la vida eterna, de nuestra introducción en la plenitud absoluta de Dios, de nuestra elevación al rango de hijos de Dios, de nuestro llamado, ya desde aquí abajo, a encarnar en el corazón del tiempo los valores de la eternidad, a inscribir con palabras humanas los sentimientos y los pensamientos de Dios. Pero aún en ese caso el trabajo de la gracia de nuestras almas y la energía de la sangre que hemos recibido no bastan para nuestra total expansión en la luz y en el amor sin una educación psicológica, y un modelo humano del ideal al que aspiramos. La gracia puede modelarnos interiormente, pero ¿llegaríamos a saber en qué consiste eso, cómo puede hacerse, cómo es preciso realizarlo?

Planteémonos entonces nuevamente nuestra pregunta: ¿el misterio de la encarnación será quizá el que nos dará la respuesta? Ese misterio de la encarnación que es la presencia entre nosotros de Dios hecho uno de nosotros, de Dios que se ha hecho visible, audible y tangible para nosotros en Jesucristo. Con Cristo tenemos un maestro y un modelo “de vida divina” en plena masa humana. Y tenemos un interlocutor que nos acepta como somos y que nos transforma al descubrirnos lo que somos. Tenemos un maestro en autenticidad humana, debería decir, más bien, en autenticidad divina. La encarnación es Dios que viene a nosotros para hacernos presente esta realidad: vivir en la carne con los sentimientos y los pensamientos de Dios.

Pero somos una humanidad “sinistrada” como dice Sartre. El don y el perdón de Dios en el momento de nuestra adopción, la presencia entre nosotros del Verbo encarnado, en persona, ¿Podría acaso borrar del corazón del hombre el eterno remordimiento de sus faltas? Dios nos acoge, nos perdona, nos adopta de nuevo. ¿Puede tal vez este hecho liberarnos del peso de nuestros pecados? Cuando leo la parábola del hijo pródigo, admiro ciertamente la misericordia de Dios que se manifiesta en el amor del Padre para con su hijo, pero no puedo dejar de pensar que el hijo pródigo con su anillo en el dedo, su vestido nuevo, los cantos y la música debía sentirse terriblemente molesto. Sin duda, había sido acogido, perdonado, pero qué le quedaba de su dignidad? Y Dios ha respetado siempre la dignidad del hombre.

Será preciso pensar entonces que la esencia del cristianismo, la originalidad del designio de Dios, es el misterio de, la redención: Dios que da a toda la humanidad y a cada uno de nosotros el medio de rescatarnos en Cristo. Sabemos que, por el hecho de su personalidad divina, la ofrenda de Cristo hecha a Dios tiene un valor infinito y cubre la multitud de los pecados del hombre Y –en consecuencia– devuelve a cada uno de nosotros su dignidad en la medida en que comulga con Cristo. Y cada uno de nosotros, en unión con él, ofrece a Dios una reparación

adecuada salvando su propia dignidad. La realidad del misterio cristiano va más lejos que la parábola del hijo pródigo. Porque Dios, no sólo nos perdona sino que nos concede la posibilidad de volver a la casa del Padre con la frente alta. Es el gran misterio del respeto de Dios por la persona humana que algunos Padres de la Iglesia vislumbraron tan bien.

¿Podremos llegar nosotros, de esta manera, a demostrar de qué somos capaces, a compensar el desafío del pecado por el testimonio de una absoluta confianza en Dios y a salir de nuestro egoísmo para alcanzar hasta los extremos del amor al prójimo? ¿Sería acaso suficiente la búsqueda, en comunión con Cristo, de una reparación ofrecida a Dios que nos dé el sentimiento de recuperar nuestra propia dignidad? El que nos sea devuelta la confianza en Dios y el amor a los demás, ¿es suficiente para que en nuestros corazones resuenen sonoridades divinas y melodías eternas? Me parece que es allí donde intervino propiamente el misterio de la Cruz.

Para comprender bien el misterio de la Cruz es preciso meditar aquel asombroso pasaje en el que el autor de la *Epístola a los Hebreos* (5,7-10) nos muestra a Cristo, durante su pasión, implorando a su Padre con grandes clamores y lágrimas, aprendiendo por una ciencia práctica lo que es la obediencia Y alcanzando la perfección, gracias a lo cual fue constituido principio de salvación eterna. El mismo Cristo con su personalidad divina y su santidad sin defecto, no llegó al cumplimiento pleno de sus virtualidades humanas, según el autor de la *Epístola a los Hebreos*, sino en la obediencia y el sufrimiento de su pasión al acercarse su muerte. Así pues, solo el sufrimiento y la muerte pudieron –parecería– impulsar al mismo Cristo, hasta los extremos de la confianza en Dios N, de amor a los hombres, él que no tenía sin embargo la menor huella de pecado, y que poseía la plenitud de sus medios. Era eso, por otra parte, lo que les decía a los discípulos de Emaús, después de su resurrección: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer en todo lo que dijeron los profetas! ¿Por ventura no era necesario que el Mesías padeciese Y entrase así en su gloria?” (*Lc 24,25-26*).

A esta total certeza en Dios se la podría igualmente llamar confianza en Dios. Con gusto emplearía aquí la palabra griega del Nuevo Testamento utilizada para designar la seguridad de los apóstoles: la *parresia*. Esta *parresia* nos hace asumir la propia certeza que Dios encuentra en sí mismo para lograr sus fines y, en el momento mismo en que todo parecía perdido, nos fija en la plenitud eterna. Pensemos en Cristo en la Cruz, en el momento en que humanamente, todo se hunde para él, en que la muerte está allí. Ese mismo desmoronamiento hace brotar de las profundidades de su corazón una confianza, una seguridad total en la omnipotencia y en la bondad de Dios: “Padre, en tus manos entrego mi espíritu” (*Lc 23,46*). Sin el sufrimiento de la Cruz, sin la proximidad de la muerte (este es, creo yo, el sentido del capítulo 5 de la *Epístola a los Hebreos*), ¿hubiera llegado Cristo tan lejos en ese acto de confianza? ¿No es preciso, tal vez, que todo esté justamente a punto de zozobrar para que podamos darnos de verdad y sin medida?

Al mismo tiempo, gracias al sufrimiento y a la proximidad de la muerte, el amor, la caridad, el *ágape* –dice el Nuevo Testamento– llega a su plenitud; *ágape* que nos eleva hasta el mismo nivel del amor de Dios para con nosotros. Miremos a Cristo en la Cruz perdonando a los hombres que tanto lo han hecho sufrir. Psicológicamente jamás hubiera podido llegar a tal grado de amor sin haber sido empujado hacia ese amor, en una cierta manera, por la presión del sufrimiento y la proximidad de la muerte. Y ese amor, ese perdón a los hombres lo estabiliza para toda la eternidad en un grado y en una cualidad de caridad que es la misma cualidad del amor divino para con los hombres y que lo manifiesta: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (*Lc 23,34*). Ya lo vemos, bajo la presión del sufrimiento y de la muerte, se manifiesta la confianza en Dios hasta el extremo y un amor al prójimo que Jesús indudablemente no habría jamás alcanzado de otro modo. Esos mismos sentimientos serán, como lo recordarán ustedes, los de san Esteban, el primer mártir, en el momento de morir (*Hch 7 fin*): “Señor Jesús, recibe mi espíritu. Señor, no les imputes este pecado”.

Notemos bien esto: la gloria está en la misma Cruz. Demasiado a menudo pensamos que primero ocurre la muerte y que después de la muerte viene la gloria de la resurrección. La gloria

esta en la misma Cruz. Porque es el grado de confianza en Dios y de amor al prójimo, al que se llega en el sufrimiento y en la muerte, lo que nos fija en la gloria, porque, simplemente, ello nos hace alcanzar un nivel de seguridad en Dios y de caridad para con los demás que tiene por sí mismo valor de eternidad. Por lo tanto, la gloria no es una especie de recompensa ulterior, es el estado mismo en que uno queda fijado. Como tal la resurrección es una consecuencia adquirida por adelantado y realizada más tarde, en el momento oportuno. La resurrección está implicada en la gloria de la Cruz. “La Cruz no es un desastre que la resurrección deba reparar, sino una victoria tan brillante que la resurrección se apresura a sellarla”. (A. M. RAMSEY, *La gloire de Dieu et la transfiguration du Christ*, Ed. du Cerf. 1965, p. 97). Esto es claro en la Oración después de la Cena (*Jn 17*).

Es necesario comprender y aceptar la escuela irremplazable del sufrimiento. El misterio de la Cruz es eso. Recordemos al poeta: “Los cantos desesperados son los cantos más bellos, conozco algunos inmortales que son puro sollozo”. Nosotros no decimos eso exactamente, pero percibimos que el sufrimiento extremo es capaz de hacer surgir de nuestros corazones el máximo de que somos capaces.

Dicho de otro modo, la Cruz de Cristo, es el sufrimiento en tanto que arranca de nuestros corazones sentimientos de confianza y de amor que sin ese sufrimiento no podríamos tener en un grado semejante. Por la Cruz somos impelidos a elevarnos hasta la cima del abandono en el Padre y hasta el don (o el perdón), a nuestros hermanos para librarnos de la desesperación y del odio y para establecernos en los mismos sentimientos de Dios a cuya imagen fuimos hechos y a cuya imagen somos restaurados. Todo el designio de Dios consiste en hacernos existir a su imagen llevándonos a encarnar, humanamente sus sentimientos y sus pensamientos. Finalmente, parecería que no hay otro medio para que nuestros corazones den todo lo que son capaces de dar si no es por el sufrimiento y la proximidad de la muerte. Nuestros corazones desgarrados expresan entonces tanta confianza en Dios y amor al prójimo que quedan transfigurados en su último suspiro. No olvidemos que la muerte ofrecida en unión con Cristo es para nosotros una transfiguración. “Muerte y Transfiguración”, es el título de un poema sinfónico de Richard Strauss, fallecido en 1949.

Lejos de mí el pretender negar el misterio de la redención de Cristo. Pero el misterio de la Cruz es aún más rico en su conjunto; involucra el misterio de la redención. Este aspecto que acabo de señalar nos conduce más allá del miedo y del resentimiento, hasta que triunfan en nuestros corazones los sentimientos de Dios. Es ese más allá del que la muerte es la disposición última y en el que pienso al acabar este primer punto. La Cruz nos conduce: a la total confianza en Dios y al don total al prójimo, a la imagen de Dios, a la gloria.

II. EL ABSOLUTO DE LA CRUZ

Quedando esto bien comprendido, así lo espero, podemos tratar de responder ahora a la segunda pregunta: “Dentro de esta perspectiva, ¿en qué pueden diferenciarse los religiosos y los laicos?”.

El Bautismo y la Cruz

Por el bautismo hemos sido hechos partícipes de la muerte de Cristo y destinados a compartir su sufrimiento y su muerte con los mismos sentimientos de confianza y de amor que él. Somos bautizados con miras a vivir con lucidez y luminosidad el misterio de la Cruz tal como acabo de describirlo, en función de los misterios de la Trinidad, de nuestra adopción filial, de la encarnación y de la redención. Somos bautizados —es preciso no olvidarlo— en Cristo crucificado. El bautismo actualiza de este modo en cada uno de nosotros el misterio de la Cruz. Nos hace comulgar, por cierto, con Cristo glorificado, pero glorificado en la Cruz y por la Cruz. En consecuencia, ¿cómo podría tener por objeto el ahorrarnos lo que Cristo vivió?

Contrariamente a lo que piensa la gente un poco superficial que repite a los cuatro vientos: “¡El misterio pascual! ¡El misterio pascual!”, éste no es la gloria en germen en nosotros sin la Cruz, sino en la Cruz. Mucho me temo que cierta gente que considera esto solo en los misterios gozosos, los toman cándidamente por los gloriosos, olvidando que entre ambos están los misterios dolorosos. Pero todo esto se realiza en el tiempo. Es necesario vivir este misterio de nuestra marcha hacia los sentimientos y los pensamientos del Padre dejándonos modelar por el Evangelio a imagen de Cristo.

El Evangelio y la Cruz

En el Evangelio se encuentra a la vez la revelación sobre Dios y la revelación sobre el hombre absolutamente indisolubles la una de la otra. El Evangelio muestra ante todo –no desde el punto de vista de los misterios de Dios sino de las obras del hombre– los dos primeros mandamientos, que por otra parte no son sino uno solo, el del amor a Dios y el del amor al prójimo. El Nuevo Testamento se inclinaría más bien a hablar de la fe en Dios (fe viva y llena de amor) y del amor al prójimo.

El Evangelio nos enseña asimismo las condiciones necesarias y suficientes que exige la realización de este mandamiento de amor. Demasiado corrientemente en el curso de los últimos siglos, y aún ahora, se ha hablado del espíritu de los consejos evangélicos. No me gusta esta expresión porque de ella se sacan expresiones como ésta: la gente del mundo tiene el espíritu, y nosotros, los religiosos, tenemos sólo la letra. Esto es engañarse totalmente sobre el significado de esas fórmulas, el espíritu y la letra, que de ningún modo tenían en la época del Nuevo Testamento, el significado que les damos hoy.

No hablemos del espíritu de los consejos evangélicos, hablemos más bien para todos los cristianos del espíritu evangélico. Porque hay un espíritu evangélico, el que se manifiesta en las Bienaventuranzas y en el Sermón de la montaña, cuando Cristo, según fórmula de santo Tomás, da la perfecta interpretación de los mandamientos antiguos: “Se os ha dicho esto, pero yo os digo...”. No cambia ni una iota de los antiguos mandamientos, pero les da su plena y entera interpretación. Al enseñármolos nos indica las condiciones necesarias y suficientes del mandamiento supremo: amaos los unos a los otros, viviendo en la intimidad con Dios para tenerlo como modelo y para asumir de algún modo su confianza cierta. El Evangelio es, en este sentido, una actualización de la Cruz al ser una ley de confianza y de caridad. Todo lo que leemos en el Evangelio sobre lo que los hombres deben hacer, toda la enseñanza de Cristo consiste en hacernos comprender cómo se ha de creer en Dios y amar al prójimo. Todo está en eso. Nos muestra sus consecuencias, nos indica sus manifestaciones. He aquí el espíritu evangélico. En este sentido es como el Evangelio es ya una actualización de la Cruz, una actualización en nosotros de los sentimientos de fe y de amor hasta los cuales debemos elevarnos poco a poco.

El Universo y la Cruz

Pero entonces se nos plantea el problema del universo y de la Cruz. Dios no se ha desdicho de ninguna de las órdenes formales del Génesis dadas al primer hombre y a la primera mujer: “Sed fecundos, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla” (*Gn* 1,28). Desde hace tantos siglos hemos estado viviendo en un maniqueísmo tal, atribuyendo el mal a la materia y al universo –sino de derecho, al menos de hecho– que la revolución conciliar al comprometer a los cristianos en las preocupaciones del mundo penetra difícilmente en las más secretas profundidades de nuestras psicologías. Y no estoy seguro de que todos los cristianos no tengan todavía miedo, miedo a la materia, miedo al mundo. Por el contrario, el Concilio nos recuerda que se construye el hombre construyendo el mundo y sometiendo el universo.

No se trata de huir de las realidades de aquí abajo en pos de un paraíso de ensueños; se trata de existir en este mundo, con los sentimientos y los pensamientos de Dios; de existir en este mundo con todas sus implicaciones materiales, sus riquezas afectivas y sus responsabilidades humanas, pero encarnando a Dios en el mundo, de hacer presente en él la confianza y el ágape de Dios. Escuchemos lo que nos dice Cristo en el Sermón de la montaña: No tengáis ya más preocupaciones. Parece que Dios nos repite sin cesar: “Que vuestros corazones no se turben, no se atemoricen; no tengáis más miedo del mundo, no tengáis más miedo a los hombres”. Yo creo que fue la gran tarea del Concilio recordarnos que los cristianos no debían huir del mundo sino transfigurarlo desde el interior por su vida cotidiana permaneciendo sumergidos en él.

La vejez y la Cruz

Sin embargo, no se debe olvidar lo que yo llamaré la vejez y la Cruz. El cristiano aprende la confianza en Dios y el amor al prójimo en los combates cotidianos de la vida material, afectiva y social, en lo más arduo de la lucha en que está diariamente comprometido con todos los hombres sus hermanos y entonces se inicia en el misterio de la Cruz. Este aprendizaje no se hace con los pormenores de la vida, como se ha enseñado a menudo, aunque siempre le será necesaria al cristiano enseñanza, vida común, Misa y oraciones oficiales (*Hch 2,42*).

Pero llegará la vejez. Y la vejez –quizá hoy nos damos cuenta mejor de esto– es la escuela superior, el último estadio, podría decirse, del abandono en Dios y del perdón a los hombres ante la proximidad inminente de la muerte. ¿Quién es el que hoy vive más en la pobreza material? ¿Quién es el que hoy vive en la mayor soledad del corazón? ¿Quién es el que vive en la mayor dependencia respecto a los demás? Se podría hacer toda una teología sobre la vejez como iniciación a la muerte, como iniciación al misterio de la Cruz y como aprendizaje de los consejos evangélicos: pobreza, soledad del corazón, dependencia. No se trata de desprecio ni de rechazo por parte del anciano, todo lo contrario. Pero se siente empujado, en cierta manera, por el sufrimiento y por la muerte, a encomendarse totalmente a Dios que todo se lo devolverá un día, transfigurado. También se siente impelido a perdonar a los hombres por todos los sufrimientos que soporta de parte de ellos.

Miremos bien los dos aspectos. En la vida cristiana hay un lugar para el combate cotidiano de todos los hombres, para la construcción del universo gracias a lo cual el cristiano aprende día a día, a vivir cada vez más en la confianza total en Dios y en un amor total al prójimo. Pero, más allá de esa iniciación, se sentirá impelido a ello por la vejez y por la llegada de la muerte, por la proximidad de la Cruz.

La anticipación de la Cruz

Nos queda un último punto por tratar, siempre respondiendo a la segunda pregunta: ¿Cómo puede ese misterio de la Cruz señalar diferencias entre los religiosos y los laicos?

Por el bautismo todos estamos destinados a vivir un día con toda lucidez y limpidez el misterio de la Cruz, es decir, a entrar en la muerte y en la transfiguración, llegando hasta el extremo de la fe y de la caridad. Pero, con la gracia de Dios, quizá, ¿no podríamos intentar respondiendo al llamado particular, adelantar lo mejor posible esa hora en que todo queda repentinamente transformado en el mismo instante en que todo parecía perdido? ¿Cómo anticipar los extremos sufrimientos de la Cruz? ¿Cómo encomendar todo a Dios, con un despojamiento total para no contar sino con su fuerza y entregarnos por entero al prójimo en una disponibilidad de amor que perdone todo, crea todo, espere todo, soporte todo, como escribe san Pablo (*1 Co 13,7*)? ¿Cómo actualizar al máximo en la vida de un cristiano la locura de la Cruz, la loca confianza en Dios, y el insensato amor al prójimo hasta donde se elevan Cristo en la Cruz y el cristiano al

aproximarse la muerte? Allí es donde intervienen los ejemplos del Señor y los consejos evangélicos.

En el momento de la tentación en el desierto, en seguida después de su bautismo y su consagración, Cristo renuncia a transformar las piedras en pan para contar sólo con Dios para su pan cotidiano. Cristo renuncia a dominar a los hombres y, lo que es más aún, las sociedades humanas, para dejar a Dios el disponer de sus potencias afectivas para hacerse únicamente el servidor de todos. Cristo renuncia a hacer uso de sus poderes de acción para dar un salto en el vacío (él podía darlo) a fin de ponerse en manos de Dios para que lo conduzca según sus designios divinos.

En realidad, Cristo entraba entonces en la vía de los consejos evangélicos que él enseñaría a sus apóstoles. La pobreza, al menos, es esto: no preocuparse más de los bienes materiales, no buscarlos, lo cual no quiere decir, por otra parte, no acogerlos. La castidad consiste en no preocuparse por conquistar y dominar los corazones, sino acogerlos según el don de Dios sin posesión ni captación. La obediencia es no preocuparse por “retomar” su vida para poder acoger la voluntad de Dios dentro de un núcleo admitido por la Iglesia. Esos consejos evangélicos cuyo ejemplo nos dio Cristo y ustedes conocen –hasta la obediencia de la Cruz– tienen su significación en la medida en que nos establecen en una especie de loca certeza en Dios (la fuerza de la fe) y una especie de loco amor por el prójimo (la disponibilidad de la caridad).

Se trata por lo tanto de romper, una vez más, en lo posible, con el miedo... el odio que de éstos se sigue, para establecerse en el abandono a Dios y en la donación a los hombres. En realidad esto es la restauración del mundo original y la instauración del Reino eterno. No se trata de tener miedo o de tener desprecio o de entrar en una especie de rechazo con respecto a los bienes de la tierra, de los bienes de la carne y de los bienes de la voluntad. No, ¡ni rechazo, ni desprecio ni miedo! Al contrario, es la verdadera Cruz, en lo que tiene de positivo y hasta donde no se llega sino bajo la continua presión del sufrimiento y de la muerte. Nuestros votos no tienen significación profunda, me parece, sino en la medida en que realizan oficialmente, en lo posible, una existencia y una presencia anticipadas, de lo absoluto de la Cruz en nuestras vidas. Por medio de nuestros votos nos ponemos, tanto como podemos, en el estado en que Cristo en la Cruz se abandona totalmente a su Padre; momento en que todo parece perdido y alcanza hasta la cima del amor a los hombres con el perdón a sus verdugos, en una disponibilidad total de sí mismo, quieran ellos lo que quieran y hagan lo que hagan. Nuestros votos son una tentativa para situarnos de entrada, en ese punto.

Ustedes comprenden por qué me molesta, por qué tengo horror a ciertas fórmulas que andan rodando un poco por todas partes y de las cuales no es de extrañar que encontremos demasiados jirones en los documentos del Concilio donde han quedado como escorias. Yo mismo las he repetido personalmente en *Forma Gregis* durante estos últimos años. Pero es siempre molesto sobre todo en el contacto con los laicos decir: “Nosotros somos los que hemos preferido a Dios”. Nosotros interpretamos: “Ustedes son los que han preferido el mundo”. Nosotros decimos. Nosotros somos los que nos hemos entregado a Dios enteramente, sobreentendido: “Ustedes son los que le han dado la mitad de la vida; la otra mitad es para la mujer o para el marido”. Y aún: “Nosotros somos los que nos hemos reservado para Dios”, etc. Y, al hablar así, condenamos a los laicos y, como se dice hoy, los culpabilizamos. Por otra parte esta es la razón por la que, en el curso de los últimos siglos se ha querido arrastrar a los laicos a imitar como monos” a los religiosos. Confieso que esas fórmulas me molestan profundamente. ¡Asombrémonos después de que en esas condiciones los laicos no nos quieran mucho, o al menos que se aparten de nosotros con nuestras pretensiones y nuestros desprecios! Conozco a una Hermana que le decía a una joven, hace cuatro años: “Con lo inteligente que es usted: o el convento o la vida ligera...”. ¡No debe extrañarnos el saber que esa chica no practique más!

Es necesario deshacerse de ese vocabulario indigno de Dios. ¡Como si Dios pudiera estar celoso de un marido o de una mujer! ¡Como si esto estuviera en un mismo plano! El amor de Dios no es ni posesivo ni “captativo”. A menudo se ha pensado en Dios en una forma dominadora como la de un sultán oriental o de un monarca occidental. Esto es indigno de Dios y es insultante para nuestros hermanos laicos a quienes dejamos entrever que viven divididos. En efecto, quizá los laicos están divididos en lo concreto, no sabiendo a menudo cómo repartir su tiempo. Pero una cosa es la división en el plano de una realización práctica y otra una división en profundidad, como si el amor de una mujer para con su marido fuera algo que provocara los celos de Dios. Cuando hablamos sobre la vida religiosa en la forma corriente, temo que haya allí una terrible afrenta a Dios y a nuestros hermanos. Ese Dios posesivo, “captativo” ha muerto; ustedes ya habrán podido informarse por los semanarios, ¡tanto mejor! Y con él esa teología de la vida religiosa –que hemos ostentado demasiado a menudo– está indudablemente próxima a la muerte. *Deo gratias.*

En cuanto a nosotros, de lo que se trata en la vida religiosa, con nuestros votos –en los que creo profundamente y me siento feliz de que el Concilio haya confirmado su valor esencial– es de vivir el abandono total en la paternidad de Dios, sin ninguna inquietud, en la pobreza, en la castidad y en la obediencia y de buscar también con nuestros votos el don total de nuestra vida a nuestros hermanos, en un amor que llegue hasta el perdón absoluto a todos aquellos que nos hacen sufrir y hasta una disponibilidad absoluta para con todos los hombres. Esto, en lo posible, es anticipar los sufrimientos extremos del misterio de la Cruz.

He aquí las dos preguntas fundamentales a las que quería responder. Las otras dos, sobre las que nos detendremos un momento, son dos preguntas subsidiarias. Nuestras respuestas serán más breves.

III. LA ATRACCIÓN DE LA CRUZ

Ustedes recuerdan la pregunta propuesta: “¿Cómo pueden los jóvenes ser atraídos por un ideal tan elevado?”. “Y yo, responde Cristo (*Jn 12,32*), cuando fuere elevado sobre la tierra, atraeré todos los hombres hacia mí”. Creo que ante todo es necesario insistir sobre el soplo del Espíritu. Lo esencial está en la acción y la inspiración del Espíritu Santo que interviene con su gracia “por detrás” si es que puedo expresarme así, en el corazón mismo de las libertades humanas. Recordad lo que Jesús dijo a Nicodemo (*Jn 3,8*): “El viento sopla donde quiere. Tú oyes su voz, pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo sucede con el que ha nacido del Espíritu (lit.: *Souffle*, Soplo)”. Por lo tanto lo esencial es el Soplo de la gracia en la profundidad del alma, en la fuente secreta de las energías humanas, el Soplo interior del Espíritu.

La búsqueda de lo absoluto

Pero también es necesario, sin duda, alguna idea, algún atractivo que se ejerza “desde adelante”. En todas las búsquedas inspiradas por la gracia o simplemente por la naturaleza, se trata de traducir de manera inteligible la realidad que uno persigue. Se está animado, inspirado por un cierto deseo interior que proviene de las profundidades del ser y uno trata de expresar inteligiblemente lo que se quisiera encontrar. Esta es una ley absolutamente constante para nosotros y quizás, más aún, para los adolescentes.

Pero esta realidad que se busca puede ser inexpresable en su punto de partida. Puede sobrepasar, con mucho, las capacidades que se tienen para formularla a los demás y a sí mismo. Esto es extremadamente importante. Puede haber una inspiración realmente auténtica de la gracia sin que se sea capaz de formularla de manera correcta. Tenemos siempre en la infancia y en la adolescencia (y a mi entender en la edad adulta, antes de alcanzar la lucidez perfecta, si es que existe) motivaciones no claramente exploradas, no plenamente objetivadas, las cuales en

realidad no pueden estarlo en ese momento. Es bastante normal que, entonces, nos demos motivaciones perfectamente inadecuadas. Observemos a los convertidos. Dicen, a menudo, que se han convertido por tal o cual razón, a veces muy distante de la fe. Una cosa es la acción de Dios en el interior, otra es la búsqueda auténtica del alma bajo el Soplo del Espíritu y otra cosa es lo que uno es capaz de objetivar y de expresar. El problema se plantea por lo tanto de esta manera: ¿Hay una verdadera búsqueda de lo absoluto de la Cruz? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo descubrir sus señales?

El atractivo de Cristo crucificado

Me parece esencial el encuentro efectivo con Cristo en el Evangelio, en la liturgia y en una cierta tradición espiritual, en el despertar de la vida religiosa. Lo he dicho y lo repito: el papel del noviciado no es el de dar una cultura teológica. Eso se hará en un tiempo ulterior de formación doctrinal. El noviciado debe, justamente, permitir este encuentro con Cristo en el Evangelio en lo hondo de una lectura continua de la Biblia, en la liturgia, en el centro de una pastoral de los sacramentos y en una cierta tradición espiritual dentro de un descubrimiento de la historia de la Iglesia y de la vida religiosa.

Tal encuentro puede estar animado por un amor muy sensible todavía, de persona a persona. ¿Por qué extrañarse? Se está en la edad del héroe (hoy se diría de la “estrella” del día). Uno se apega a alguien que representa nuestro ideal, sin saber, sin embargo, exactamente en qué consiste ese ideal, que podrá expresarse, una vez más, de un modo muy inadecuado: un salvador para sí mismo, un salvador para el mundo, un amigo que no nos fallará nunca... Unas son las falsas motivaciones que es preciso entonces poner al descubierto (por ejemplo el miedo al matrimonio, el miedo al mundo, la búsqueda de la seguridad o de una “tranquilización” psicológica); y otras son las motivaciones muy imperfectas, pero que están en la buena línea para un encuentro con Cristo.

El aprendizaje de la confianza y del amor

Bajo esas motivaciones tan imperfectas, tenemos que encontrar el germen allí enterrado y debemos comenzar, con prudencia, a hacerlo crecer. Será necesario hacer descubrir a las jóvenes –en sus búsquedas y en los motivos que ellas mismas se dan–, qué es lo que ellas esperan más o menos conscientemente de la vida religiosa y esto sin violentarlas, en la medida en que pueden comprenderlo y en la circunstancia en que se encuentran. Así, muy gradualmente, germinará en sus corazones la gracia de su vocación.

Este germen es lo que precedentemente dijimos: una confianza indefectible, la *parresia*, apoyada en la omnipotencia y la bondad de Dios en medio de su debilidad: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co 12,10). Y antes: “Mi gracia te basta porque mi poder alcanza su perfección en la debilidad” (12,9). Esta confianza indefectible en la omnipotencia y la bondad de Dios encontrarán su expresión en los votos.

Asimismo hay que hacer surgir esa caridad sin límites, ese *ágape* con respecto al prójimo; caridad destinada a plenificarse en medio de todas las dificultades que podrán presentarse, incluyendo las persecuciones, los insultos y las calumnias soportadas por Jesucristo, como él nos lo ha dicho en la última Bienaventuranza.

Esto es lo que debemos hacer descubrir poco a poco, sin pretender que la profesión requiera que se haya concebido lúcidamente todo lo que puede representar el misterio de la Cruz. Por lo tanto es necesario asegurarse, a través de ciertos signos, de que hay un auténtico encuentro con Cristo, que en el alma trabaja la gracia y que existe una orientación positiva hacia ese absoluto de confianza en Dios y de disponibilidad para con el prójimo. Esto es lo que debe entrar en

juego. Desconfiemos de las falsas motivaciones. Pero, también, tengamos en cuenta que las motivaciones verdaderas pueden no ser perfectas, plenamente lúcidas, plenamente exploradas, plenamente objetivadas.

IV. EL SIGNO DE LA CRUZ

La última pregunta que nos habíamos planteado era esta: “¿Qué se quiere decir al designar a los religiosos ‘los testigos del reino?’”. Ustedes saben que en los documentos del Concilio muchas veces se encuentra esta idea: los religiosos deben ser signos y testigos. Esto responde enteramente a la antigua identificación de la vida religiosa con el martirio, si es cierto que mártir en griego quiere decir testigo.

La vida “angélica”

Descartemos una tras otra ciertas fórmulas cuya resonancia, hoy, es más que equívoca. ¿Debemos ser los testigos de la vida angélica? Muy a menudo se ha identificado la vida religiosa con la vida angélica. Seríamos ángeles y eso debería verse. Sobrentendido: no tenemos que pensar más en nuestros cuerpos, éstos, a veces, tomarán más tarde terribles revanchas. Deseo interpretar bien a los antiguos autores y a los Padres de la Iglesia –como lo hacía mi maestro santo Tomás– con la máxima reverencia y suponer que así ellos señalaban una santidad perfecta. Pasemos adelante, aunque yo sepa que todos eran, más o menos, buenos platónicos y a veces verdaderos maniqueos. Pero es tiempo de dejar de repetir hoy fórmulas que no pueden tener ya ningún sentido aceptable para nosotros y para nuestros contemporáneos, en el lenguaje actual.

Recordemos primeramente que los ángeles, para todos los Padres y teólogos anteriores a santo Tomás de Aquino, eran seres materiales. Digo muy materiales semejantes a soplos o a corrientes de aire... Cuando santo Tomás introdujo su distinción (para aquellas de entre ustedes que son filósofas) entre la esencia y la existencia, pudo entonces distinguir a los ángeles de Dios, y considerarlos como creaturas únicamente espirituales, sin mezcla de materia.

Recordemos después que nosotros no tenemos que dar al mundo un testimonio de vida incorporal y completamente desencarnada, sino de nuestra fe en Dios y del amor a los hombres en un universo material del que formamos parte no sólo hasta el cuello, sino ¡hasta los cabellos!

Recordemos por fin que la resurrección de la carne y la transfiguración del universo forman parte del *Credo* hasta tal punto que, sin ellas, nuestra fe sería vana. No tenemos que dar testimonio de un mundo en el que no existirían realidades materiales, ni más seres de carne ni tampoco responsabilidades humanas; ya que ese mundo no existirá jamás. Es un mundo que nuestra fe excluye. Por lo tanto nada de falso angelismo ni de rapsodias, por favor, a propósito de una palabra que ha cambiado de sentido.

La vida escatológica

Entonces, ¿seremos los testigos de la vida escatológica? A menudo se ha identificado la vida religiosa con la vida escatológica, dicho de otro modo, con la vida futura, con la vida del más allá. Estaríamos ya glorificados con un alma transfigurada y un cuerpo glorioso, y eso... ¡debería verse! Sobrentendido: nosotros no tenemos nada que ver con las cosas de aquí abajo. También en este punto las cosas de aquí abajo terminan por tomarse un día su terrible revancha: me parece que es ser demasiado expeditivo. Nos deleitamos demasiado, ya se lo decía a ustedes, repitiendo por todas partes que el misterio pascual ya se ha realizado. En Cristo sí. Pero, repito, no deben tomarse cándidamente los misterios gozosos por los misterios gloriosos.

Por cierto que no retiro nada de lo que he dicho sobre la muerte y la transfiguración de la Cruz; muerte y transfiguración que nuestros votos anticipan lo mejor posible. Pero hay que morir, de veras e igualmente ser transfigurado lisa y llanamente. Temo que empalagándose con la vida escatológica, se llegue a olvidar que tenemos que morir, que se interprete la pobreza, la castidad y la obediencia únicamente como liberaciones olvidando que son holocaustos y que los holocaustos hacen sufrir. Las Bienaventuranzas, duran hasta el fin y la última de ellas igual que las otras. No son sólo palabras.

Los votos son promesas. El más allá no excluye el presente. El Reino de Dios está dentro de nosotros, en nuestra fe en Dios y en nuestro amor al prójimo. Pero esta fe en Dios y este amor al prójimo no se forman ni llegan a su plenitud en nosotros, en función de nuestros votos, sino a través del sufrimiento y de la muerte.

Entonces, no digamos demasiado que nosotros damos testimonio de la vida escatológica. Testigos de la confianza en Dios y del amor al prójimo, sí. Pero no de una vida en la que ya no hubiera nada que sufrir. Todavía no hemos llegado allí.

La vida ascética

¿Seremos, tal vez, los testigos del Reino de Dios por nuestro esfuerzo moral, con la ayuda de la psicología de las profundidades, presentándonos como grandes ascetas ante la mirada de la gente? Por cierto, yo no podría dejar de insistir sobre la necesidad, para nosotros, de una cierta disciplina de vida y en el hecho de que los religiosos de otros tiempos habían introducido en sus vidas una cantidad de elementos disciplinarios, de observancias, que eran supletorias con referencias a la vida laica. No me desdigo de nada de lo que he dicho anteriormente sobre este tema. Agrego, solamente, que el mundo de hoy, con sus presiones técnicas, se encarga alegremente de adiestrarnos mucho mejor que las antiguas observancias y que su gimnasia privada.

Pero esta disciplina no tiene nada que ver con el misterio de la Cruz. O más exactamente, no tiene relación con el misterio de la Cruz, sino en la medida en que el sol de la fe viva y de la caridad irradia santidad en todos los repliegues de nuestra psicología y los transforma transfigurándolos. Pero, de por sí, el esfuerzo moral no es la Cruz, como tampoco lo es la psicología de las profundidades. Por eso desconfío un poco de los pequeños sacrificios que hacen perder de vista lo que es el gran sacrificio, lo que son los verdaderos sacrificios. Las mortificaciones Y las observancias pueden “camuflar” la realidad de la Cruz. Vuelvo a decir, necesitamos una disciplina, pero no la confundamos con el misterio.

Se trata de sacrificar valores auténticos. Se trata de inmolación y no sólo de liberación. Y esta inmolación no es forzosamente idéntica al equilibrio humano. El misterio de la Cruz puede ser vivido con un equilibrio humano inestable. Muchos santos podrían confirmar esto. De ningún modo estoy contra la psicología moderna y su empleo tan necesario y útil, Pero con tal de que no se la tome por un sustituto de la Cruz de Cristo. No somos los testigos del equilibrio humano al que se puede llegar gracias a los mejores psicólogos. No somos los testigos de un ascetismo que pudiera hacer de nosotros seres perfectamente logrados. Somos los testigos de Dios, es decir de lo que puede estar encarnado —en la carne— de los atributos de Dios: una confianza indefectible y un amor total.

La vida crucificada

Somos los testigos de la vida crucificada del Señor. No de un mundo en el que Dios nos absorbiera por completo y de donde estuvieran excluidos los bienes de la tierra, los del corazón

y los de las responsabilidades. No de ese mundo ficticio que imaginan algunos, porque en el más allá poseeremos el universo. No nos seducirá Dios hasta tal punto que el cosmos no nos interese más. Se nos ha prometido que lo poseeremos. Nuestros corazones vibrarán con armonía en la sinfonía de las sensibilidades humanas y en el perfecto acuerdo de las voluntades humanas. Saldremos por fin de la soledad a la luz de Dios, y todos haremos nuestras, libremente, las intenciones de Dios. Viviremos en la libertad, entrando en los designios de Dios, tornando sobre nosotros la responsabilidad de su ejecución. No somos los testigos de un mundo en el que ya no hubiera nada de lo que constituye la realidad cotidiana de nuestra vida, sino de un mundo en el que, por nuestra intimidad con Dios, reinarán la confianza y la caridad de Dios. Debemos ser ante los ojos del mundo y de nuestros hermanos, los testigos permanentes de la confianza en Dios y del amor a los hombres en una inmolación que hace brotar de nuestros corazones sentimientos provenientes de las profundidades de Dios. He aquí lo que debemos ser en la masa humana de hoy.

Ultima observación

Actualmente se dice mucho, y se lo repite a los cuatro vientos, que nosotros debemos ser signos. Es cierto: acabo de decirlo. Pero, ¿signos de qué? y signos ¿siendo qué? Es necesario *ser* antes de *ser signo*; es preciso, existir siendo lo que hemos dicho y, entonces, uno será signo de lo que es.

También es preciso –con razón se lo repite– que ese signo sea inteligible para los hombres de nuestro tiempo, que lo vean y lo comprendan, al menos cuando tienen ojos para ver y oídos para oír; ya que el signo de la Cruz debía brillar claramente en Cristo y no todos lo reconocieron. Pero el signo de la Cruz será inteligible en nosotros cuando, por fin, comencemos a encarnar en el corazón del tiempo la confianza y la caridad de Dios, emergiendo del miedo donde habíamos naufragado desde la falta original y que nos paraliza en todo momento frente a la materia, frente a la humanidad y frente a Dios mismo.

*310, rue de Vaugirard
75 - Paris (15 e.)
Francia*